

La despoblación y el futuro de la España abandonada: desarrollo intensivo

JACOBO MEDIANERO MILLÁN
Alcalde de Mota del Cuervo

La despoblación: una realidad silenciada... hasta ahora

Sin duda la despoblación de grandes cantidades de terreno de nuestro país está tomando un fuerte protagonismo. Un papel que está más presente en el ideario colectivo —prensa, opciones políticas, educación...— que en los avances que hayamos podido ver en la lucha por conseguir frenarla.

Debemos tener en cuenta que esta huida de personas no ha sido algo que haya sucedido de manera casual ni de la noche a la mañana. Además, sería de gran interés, aunque el espacio de este artículo no tiene este objetivo, analizar por qué ha sucedido esto en cada momento histórico. De hecho, hoy este «vaciado» se produce más por el fallecimiento de los pocos habitantes que quedan en cientos de pueblos que por la emigración que, como es lógico, se produce poco en zonas brutalmente envejecidas.

A pesar de que nuestra tierra nunca fue una zona superpoblada, sí que ha habido momentos históricos más halagüeños. Ya en el siglo XIX, la tardía Revolución Industrial acabó con las pequeñas industrias tradicionales rurales y fue la primera llamada de «la ciudad» para miles de personas de la España rural. Aunque será a partir de los años cincuenta del siglo XX cuando la gente —joven— decida partir rumbo al polo capitalino más cercano, destacando habitualmente Madrid o Barcelona, pero no únicamente. La idea de abandonar «lo viejo» para empezar en «lo nuevo» una vida con futuro cala hasta los huesos. Esa lluvia, hoy en día, puede que todavía nos tenga mojados en no pocas zonas.

La tardía industrialización del medio rural trae consigo algunos de los problemas que hoy nos preocupan y que marcan la agenda social y política de no pocas zonas de nuestro país. Así, podemos ver cómo opciones más intere-



santes como la agroindustria —transformación de productos procedentes de la agricultura— se han desarrollado a una velocidad menor a otras como las granjas intensivas.

Ganadería intensiva en el medio rural

A estas alturas de la película nadie duda de qué desarrollo se había «decidido» para nuestra tierra. Es un desarrollo sencillo y que necesita de muy poca mano de obra, que no genera una «riqueza social», sino particular, y que atenta, o puede atentar, contra el desarrollo sostenible. En ocasiones, además, esquilma los recursos de la zona. Hablamos de «grandes ideas para el futuro» como la minería de tierras raras en la comarca de Valdepeñas (Ciudad Real), el Almacén Temporal Centralizado que se pretendía instalar en Villar de Cañas (Cuenca) o la fractura hidráulica —en zonas como el campo de Montiel (Albacete) y los límites de Castilla-La Mancha entre Guadalajara y Soria.

Mención aparte, por actual, tendría la ganadería intensiva o macrogranjas. En primer lugar, cabe marcar la diferencia con la ganadería extensiva —que es muy obvia—, pero también con una ganadería familiar y social. Los proyectos de macrogranjas no generan en su entorno fijación de población y, por el contrario, suelen ser perjudiciales para otras actividades económicas como el desarrollo turístico sostenible.

Pero empecemos por dejar clara cuál es la magnitud del problema de la proliferación de estas granjas. Estamos hablando de treinta y dos proyectos vigentes en la actualidad —ya sea en tramitación o pendientes de construcción— solo en la provincia de Cuenca y solo de porcino. Para hacernos una idea, estos proyectos suman en total cerca de 200.000 nuevas cabezas cuando esta provincia cuenta con 195.516 habitantes (datos el INE en 2021). Estos datos deberían ser complementados con los de otras industrias similares, aunque cada una con sus inconvenientes asociados y diferentes en algunos casos. Así, en dicha provincia están a la espera ocho proyectos de macrogranjas de pollos —sumando más de 675.000— y a la espera también de la mayor explotación de gallinas ponedoras de Europa con casi 1,5 millones de animales. Y, según los estudios realizados por asociaciones vecinales y ecologistas, no sería la provincia más amenazada.

Para hacernos una idea de la trascendencia laboral de este tipo de instalaciones valdría con explicar que una granja de unas 2.000 cabezas (número muy habitual en las peticiones, porque las exigencias medioambientales son mayores a partir de los 2.000 animales, aunque son fácilmente ampliables pasados unos años evitando una declaración de impacto ambiental completa) daría trabajo fijo o estable a una sola persona. Quizás ni siquiera con una jornada completa. Por desgracia, y suponiendo que buscáramos solo una razón



economicista para analizar el interés social o no, los riesgos, que ahora detallaremos, superan enormemente a los posibles beneficios.

Comprobado con cierta claridad que no existe un «beneficio social» en este tipo de instalaciones, quedaría por ver si los perjuicios a nuestros pueblos, todavía poblados, pueden incidir positiva o negativamente en el mantenimiento de la población. Podríamos empezar explicando que se ha invertido en los últimos años, sobre todo la última década, una gran cantidad de dinero para que muchas de las zonas despobladas puedan ofrecer un turismo de calidad y medioambientalmente sostenible. Sin duda, este tipo de granjas provocan importantes olores, además de otras complicaciones, que no vienen a ayudar al desarrollo turístico de las comarcas rurales, más bien al contrario. El sufrimiento recaería en las familias que suelen regentar pequeños establecimientos hosteleros o pequeños comercios. Por tanto, no parece lógico abandonar la inversión y los proyectos turísticos a cambio de muy poco empleo. Este asunto es clave desde un punto de vista económico, pero hay otros de más envergadura, si cabe.

Por desgracia, no son pocas las zonas de la España abandonada que sufren problemas con sus aguas, concretamente con los nitratos. Esto es, por ejemplo, muy común en toda La Mancha, donde la mayoría de las zonas beben de sondeos y no de aguas superficiales. La calidad de este elemento ya es muy baja de por sí, siendo común las recomendaciones de las autoridades sanitarias para no consumir esta agua o para mejorar su calidad buscando otras captaciones. Estos miles y miles de animales provocan una enorme cantidad de deyecciones (purines, al mezclarse con agua) y un posible aumento de niveles de nitratos si el tratamiento de los mismos no es el más adecuado —dejo abierto para el debate si las medidas que se exigen a estas empresas son o no suficientes y, más importante incluso, si las inspecciones son las necesarias para comprobar que se cumplan. Cataluña es una zona con importante número de granjas, aunque no con problemas de despoblación, y allí el 41 % de las masas de agua tienen estos problemas y hasta 139 municipios han tenido que clausurar sus pozos de abastecimiento o recomendar no usar esa agua para consumo.

Por tanto, el riesgo de contaminación de suelos y aguas, así como los malos olores que se generan, no parecen invitar a un mantenimiento de la vida en nuestros tradicionales pueblos, sino un empujón más al abandono.

Quizás, en otros momentos de la historia, los mínimos beneficios que presentan algunos de los proyectos que se han pretendido desplazar a las zonas menos pobladas hubieran arraigado sin contestación social. Hoy, por suerte, no ha sido así y debemos destacar la enorme movilización social que existe contra estas macrogranjas. Unos movimientos que han sido capaces de obtener importantes victorias y que han sido enormemente transversales, en lo tocante a la política, en los municipios donde han vivido la amenaza de instalación de una de estas granjas.



Al asunto de las macrogranjas se han unido otros tipos de explotaciones intensivas que, normalmente, tienen el mismo esquema: mayor productividad tras fuertes inversiones que los sistemas de producción tradicionales y, a cambio, una mayor afección a los ecosistemas, una reducción del número de personas con acceso a la propiedad de medios de producción básicos y, no lo olvide, un cambio en el paisaje, usos y costumbres del medio rural.

Estos serían, por ejemplo, las futuras megainstalaciones de parques solares que también están eligiendo zonas muy despobladas para ponerse en marcha. Sin duda, aunque no entraré en ello ahora, este nuevo uso del suelo rústico es algo a analizar y estoy seguro de que de ese análisis saldrán las soluciones a las contradicciones que hoy nos generan.

Como resumen podríamos destacar que con el «desarrollo intensivo» que algunos han venido a proponer, o a intentar imponer, no conseguiremos frenar lo más mínimo el declive de nuestros municipios del medio rural, sino todo lo contrario: será la puntilla para nuestros pueblos y para la vida en los mismos.



Soluciones para dibujar un futuro

A la mayoría de las personas que hayan llegado hasta este punto se les ocurrirá pensar en que la solución real al problema de la despoblación es el empleo. La generación de trabajo como base para el mantenimiento, incluso crecimiento, de tantas y tantas zonas escasamente pobladas de España. No podría decir que esto no es cierto, pero a poco que rasquemos un poco más veríamos que no es suficiente. Sería bueno contestarnos a una pregunta llegados a este punto: ¿vivirías en un municipio con un empleo estable y digno si tus hijos e hijas tuvieran que coger un autobús cada mañana para hacer un trayecto de media hora a la escuela? ¿Viviría una familia con menores, o incluso con bebés, en un lugar donde hubiera que desplazarse media hora a una urgencia médica? No olvidemos que el estado de las carreteras en estas zonas es, en muchas ocasiones, más que decepcionante.

Parece obvio que la mujer o el hombre trabajarían en ese pueblo, pero sería uno de los dos quien cogería cada día su coche para ir al trabajo, no desplazando a la familia de un núcleo con los servicios mencionados. Por tanto, el empleo es importante, pero también lo son los servicios públicos, al menos los más básicos.

Y por ahí, por la apuesta por el empleo estable y unos servicios públicos dignos, es por donde podríamos encontrar una solución al futuro de nuestros pequeños pueblos. Y esto solo se consigue con inversión. Hoy por hoy existen leyes más que de sobra para poder atajar el problema de la despoblación; ahora falta que se doten presupuestariamente como es debido para conseguir los objetivos.

En materia de empleo siguen faltando esas pequeñas o medianas empresas más relacionadas con la industria y la agroindustria o, al menos, capaces de generar puestos de trabajo estables, huyendo de la temporalidad habitual en estas zonas (lo que podemos llamar «trabajar de campaña en campaña»). Sin inversiones de estas características, que pueden llegar también desde lo público o utilizando otras fórmulas como las cooperativas —que tan buen resultado han dado en otros momentos de la historia en nuestros pueblos— será casi imposible conseguir este objetivo.

Cabe mencionar aquí otras posibles actuaciones, como los incentivos económicos o de carrera profesional a aquellos profesionales que decidan instalarse en estos pequeños núcleos. Y, por otro lado y más relacionado con la vida tradicional de las zonas rurales, se hace imprescindible un cambio en la PAC que haga más activo el campo y que permita a más personas vivir de las pequeñas y medianas explotaciones... y no al revés.

Por otro lado, hay que abandonar la década de recortes en los servicios públicos y sociales para apostar, de manera firme y decidida, por su crecimiento. Es cierto que el deterioro parece haberse detenido, pero la recuperación y la expansión de los servicios no ha llegado a nuestra España —en este caso me temo que ni a la vaciada ni a la poblada.

Es imprescindible disponer de servicios sociales próximos a los municipios y una buena conexión, con transporte público a ser posible, a otros esenciales. Para ello debería existir, tal y como analiza el documento sobre despoblación realizado en su momento por Izquierda Unida, una carta de servicios públicos garantizados donde, sin duda, deben ser fijas la educación y la sanidad —en su atención primaria y servicios de urgencias.

Quizás lo que más avance actualmente sea el desarrollo de las telecomunicaciones, con grandes lagunas todavía en muchas zonas. El acceso a unas comunicaciones rápidas y estables genera, por sí mismo, posibilidades de empleo que se hacen imposibles ellas, o de teletrabajo, como estamos viendo durante la pandemia actual.

Mención aparte merece la importancia de unas buenas comunicaciones. Es obvio que no todos los servicios estarán en todos los municipios pequeños, o muy pequeños, de la España abandonada. La apuesta por un ferrocarril social, capaz de unir a las pequeñas y medianas ciudades de la España rural y de transportar las mercancías producidas o proporcionar los suministros necesarios para que existan dichas empresas, se hace hoy más imprescindible que nunca, y la defensa del tren convencional, ante el avance de otras opciones válidas para muchas cuestiones pero no para mantener la vida en la España rural, un acto de pura rebeldía. ★

